

# LENGUAJE Y REALIDAD: EL ANÁLISIS LÓGICO EN RUSSELL, WITTGENSTEIN Y CARNAP<sup>1</sup>

LINA MARCELA CADAVID RAMÍREZ  
LEIDY ANDREA RÍOS RESTREPO  
Universidad Católica Luis Amigó, Colombia

RESUMEN: Este artículo traza una relación entre tres de los autores más influyentes de la doctrina del atomismo lógico a partir de la noción de análisis lógico, sin embargo, dicha relación busca no solo la constatación de su cercanía doctrinal sino la concepción ontológica que subyace a la posibilidad de dicho análisis, para el caso de Russell y Wittgenstein, o su ausencia, para el caso de Carnap, lo cual, no obstante, no aleja a este de preocupaciones de carácter metafísico, ya que en los tres autores la relación entre lenguaje y mundo, ya sea desde la dimensión ontológica o epistemológica, comporta una reflexión de primer orden. Para exponer lo anterior se recurre a dilucidar la relación entre nombres propios y hechos (Russell), objetos simples y estado de cosas (Wittgenstein) y la postura de la Ciencia Unificada (Carnap) con respecto a la representación de hechos o cosas.

PALABRAS CLAVE: positivismo lógico; nombres propios; objetos simples; ciencia unificada; hechos.

## *Language and reality: the logical analysis in Russell, Wittgenstein and Carnap*

ABSTRACT: This article draws a relationship between three of the most influential authors of the doctrine of logical atomism from the notion of logical analysis, however, this relationship seeks not only the verification of its doctrinal closeness but the ontological conception that underlies the possibility of this analysis, in the case of Russell and Wittgenstein or his absence, in the case of Carnap, which, however, does not take him away from concerns of a metaphysical nature, since in all three the relationship between language and world, whether from the ontological or epistemological dimension involves a reflection of the first order. To expose the above it is necessary to elucidate the relationship between proper names and facts (Russell), simple objects and state of things (Wittgenstein) and the position of Unified Science (Carnap) with respect to the representation of facts or things.

KEY WORDS: Logical positivism; Proper names; Simple objects; Unified science; Facts.

## INTRODUCCIÓN

Entre los años 1910 y 1913, Bertrand Russell y Alfred North Whitehead publicaron los *Principia Mathematica*. Con esta obra, los autores replantearon la lógica tradicional y propusieron una Nueva Lógica o Logística que fue elaborada, en principio, para eliminar gran cantidad de antinomias o contradicciones en las matemáticas y para derivarla de un sistema lógico completo —intento que fue denominado la Tesis Logicista—. Luego, los procedimientos de formalización lógico-simbólica del lenguaje natural o corriente se emplearon para identificar los patrones de inferencia erróneos que llevaban a la

---

<sup>1</sup> Este artículo es producto del proyecto de investigación titulado «Pensamiento complejo: sistema y macro-conceptos en la obra de Edgar Morin», financiado por la Universidad Católica Luis Amigó.

incomprensión de un enunciado cualquiera y los modismos usados en las expresiones incorrectas de una proposición<sup>2</sup>. El método simbólico empleado en la Logística permitió reconocer las fallas estructurales de una oración en apariencia correcta. La aplicación de tal proceso de revisión, considerado como análisis lógico, dio cuenta de una distinción cada vez más evidente entre una gramática superficial, que pasaba por alto muchas equivocaciones, y otra gramática lógica, más profunda, que mostraba el significado auténtico de una expresión<sup>3</sup>. Emplear este método en el lenguaje corriente garantizó «que en la deducción no se deslizaran supuestos inadvertidos, aspecto que es muy difícil evitar en un lenguaje de palabras»<sup>4</sup>. Una vez se demostró la eficacia del análisis lógico en la aclaración del lenguaje corriente, Russell consideró su utilidad para la disciplina filosófica, por ejemplo, para aclarar cuestiones sobre la existencia de categorías filosóficas que no tenían correlato en la realidad<sup>5</sup>. Además de proponer soluciones para algunos problemas filosóficos persistentes pero aislados, para Russell la Logística tuvo como consecuencia una doctrina de orden metafísico, denominada Filosofía del atomismo lógico. Comenta Russell:

«En las presentes conferencias, intentaré dar a conocer, en una especie de bosquejo, algo sumariamente y de modo un tanto insatisfactorio, un tipo de doctrina lógica que me parece se desprende de la filosofía de la matemática —no por vía estrictamente lógica, sino como resultado de una reflexión ulterior—: un cierto tipo de doctrina lógica y, sobre la base de ésta, un cierto tipo de metafísica»<sup>6</sup>.

Esta doctrina lo condujo a delimitar la posición de la filosofía con respecto a la ciencia. En su ensayo de 1924 intitulado «Atomismo lógico», Russell da cuenta de las tareas de una filosofía tal como él la concibe. La primera de ellas consiste en que esta disciplina debe ser intrépida «para sugerir hipótesis relativas al universo que la ciencia no está aún en situación de confirmar ni refutar. Pero deben presentarse como hipótesis y no (como se hace a menudo) como certezas inmutables a la manera de los dogmas religiosos»<sup>7</sup>. En efecto, las elucubraciones de la filosofía no pueden sobrepasar los resultados de la ciencia actual o posible, ya que una filosofía que no se extralimite con respecto

<sup>2</sup> STROLL, A., *La filosofía analítica del siglo XX*. Siglo XXI de España Editores, Madrid 2002, 13.

<sup>3</sup> STROLL, A., *La filosofía analítica del siglo XX*, o. c.

<sup>4</sup> CARNAP, R., «La antigua y la nueva lógica», en: A. Ayer (comp.), *Positivismo lógico*, Fondo de Cultura Económica, México 1965a, 142.

<sup>5</sup> Para Russell todos los nombres propios deben tener su referente; de no ser así carecerían de carácter verdadero o falso (más no de significado). Russell en textos como *Sobre la denotación* (1945) —en donde debate esta cuestión— y en «La Filosofía del atomismo lógico» (1966), trata el problema de los referentes extensionales de los nombres propios. Por este camino llegó a proponer, como se verá, una relación biunívoca y directa entre los nombres propios y los particulares (Santamaría 2011).

<sup>6</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, Taurus, Madrid 1966, 250.

<sup>7</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 53.

a la ciencia, aun si es de corte metafísico, podrá alimentarse de los avances de esta. La segunda, y más relevante que la anterior, «consiste en criticar y aclarar nociones que puedan ser tomadas como fundamentales y aceptadas sin crítica alguna. Puedo mencionar como ejemplos: la mente, la materia, la conciencia, el conocimiento, la experiencia, la causalidad, la voluntad y el tiempo. Considero que todas estas nociones son inexactas y aproximadas, infectadas de vaguedad, incapaces de constituir parte de una ciencia exacta»<sup>8</sup>. Añade el autor, además, que «la tarea de la filosofía [...] consiste esencialmente en el análisis lógico seguido de la síntesis lógica»<sup>9</sup>. Ambos, análisis y síntesis, hacen de la actividad continua de la filosofía no solo una revisión de los conceptos de la ciencia sino una doctrina de corte metafísico que descubre los rasgos estructurales básicos del universo. Para 1918, en su obra «La Filosofía del atomismo lógico», el autor consideró que el método de su filosofía era el análisis lógico que daba como resultado las consideraciones sobre los hechos y las proposiciones; y en su artículo «Atomismo lógico», de 1924, Russell estimó pertinente elaborar una comparación entre filosofía y ciencia de la que surgió el método de análisis-síntesis como el propiamente filosófico. A partir de lo anterior podría plantearse que en las conferencias de 1918 Russell expuso su doctrina metafísica como resultado del análisis lógico, y es a partir de este supuesto, justamente, que se expondrá a continuación lo relativo a los hechos y las proposiciones como las hipótesis que, según Russell, la filosofía puede aventurarse a formular dentro de los límites de la ciencia, y gracias a ello formular una lectura que cruza estos supuestos con los del Wittgenstein del *Tractatus* y los de Carnap —en torno a esta cuestión de la relación entre proposiciones y hechos.

#### 1. RUSSELL: UN ACERCAMIENTO A LOS PARTICULARES Y NOMBRES EN «LA FILOSOFÍA DEL ATOMISMO LÓGICO»

Al iniciar la última conferencia de «La Filosofía del atomismo lógico» intitulada «Excursus metafísico: lo que hay», Russell aclara: «uno de los propósitos presentes a lo largo de todo cuanto he dicho ha sido la justificación del análisis, eso es, la justificación del atomismo lógico: del parecer de que es posible llegar en la teoría, si no en la práctica, a elementos primarios a base de los cuales se halla construido el mundo»<sup>10</sup>. Para Russell, la justificación del análisis comporta la posibilidad de una doctrina como el atomismo y, por esta razón, los resultados obtenidos por medio del método constituyen los fundamentos de su filosofía. Parece pues que el análisis es la base del pensamiento atomista de Russell hasta el punto de que «el elemento que más

<sup>8</sup> RUSSELL, B. «Atomismo lógico», en: A. Ayer (editor). *Positivism lógico*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1965, 53-54.

<sup>9</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 53.

<sup>10</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 379.

[permea su filosofía] es cierto enfoque o esfuerzo siempre dirigido en la misma dirección: completar la transición de lo que es complejo a lo que es simple»<sup>11</sup>. Para situar más precisamente el análisis tal como lo entiende Russell, hay que considerar que el análisis filosófico se diferencia del científico<sup>12</sup>; este último se elabora sobre una porción del mundo, sobre un conjunto de objetos y da como resultado elementos constitutivos en el nivel físico. Por el contrario, el análisis filosófico comprende el mundo como una totalidad y sus resultados son de orden lógico. Esto quiere decir que, aunque los acontecimientos del mundo son el punto de partida del análisis, dicho análisis mostrará que son los átomos lógicos (particulares) las partes constitutivas del mundo.

La relación entre lo que designa y lo designado se da por medio de hechos y particulares (categorías lógicas) y proposiciones y nombres (elementos constitutivos del lenguaje lógicamente perfecto). Los hechos y particulares componen la estructura metafísica del mundo, pues son rasgos fundamentales del universo; mientras que las proposiciones y nombres componen el lenguaje. El análisis de las proposiciones con el fin de hacerlas lógicamente correctas fue lo que caracterizó el atomismo de Russell, pues como aclara Tomasini: «es cierto que el análisis llegó a ser entendido como análisis lógico de proposiciones y que tanto Russell como Wittgenstein así lo entendieron, pero también es cierto que estaban igualmente comprometidos con algo diferente, *viz.* el análisis de la realidad o de los hechos (no, claro está, de hechos particulares, sino de su naturaleza)»<sup>13</sup>. Ello indica que las preocupaciones de carácter lógico implicaban, irremediabilmente, un aspecto metafísico, pues en el lenguaje las proposiciones y los nombres reflejan la estructura del mundo en tanto ha sido analizado<sup>14</sup>. La eficacia del método analítico radica en que es posible aplicarlo

<sup>11</sup> TOMASINI, A., *El atomismo lógico de Wittgenstein y Russell*, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones filosóficas, México 1994, 20.

<sup>12</sup> Russell (1966) elabora en las conferencias de «La Filosofía del atomismo lógico» la distinción entre análisis científico y análisis lógico para indicar que su trabajo gira en torno a este último. Con ello aclara que su doctrina metafísica no busca átomos físicos sino átomos que tiene el carácter de categorías lógicas. El interés principal del atomismo lógico vendría a ser crear un lenguaje lógicamente perfecto, y para tal intento los átomos lógicos, como categorías en las cuales se puede dividir el mundo para nombrarlo, serían propuestos en función de una discusión que gira en torno a la construcción de un lenguaje controlado, razón por la cual los átomos físicos no constituyen el punto de comparación adecuado. Así pues, ese átomo lógico, el particular, es convertido por Russell en una categoría metafísica y, por tanto, esencial, que queda definido por el nombre.

<sup>13</sup> TOMASINI, A., *El atomismo lógico de Wittgenstein y Russell, o. c.*, 20.

<sup>14</sup> Para Russell, la construcción de un lenguaje lógico perfecto significaba encontrar el correlato de las partes que conforman tal lenguaje; sin embargo, a pesar de que dicho lenguaje nombra el mundo físico, sus elementos constitutivos no son factibles como las moléculas o los átomos que resultan del análisis de carácter científico. Un hecho es una relación que se da entre algunos particulares, mas no aparece en el mundo a menos que se elabore como una categoría del análisis. De allí que Russell aclare: «la razón de que denomine a mi doctrina atomismo lógico es que los átomos a que trato de llegar, como último residuo del análisis, son átomos lógicos, no átomos físicos» (1966, p. 252).

a un estado previo de complejidad<sup>15</sup>, el análisis es un intento por hallar tanto en el mundo como en el lenguaje los elementos simples que ya no puedan ser divididos en otros más simples. Russell considera que la complejidad del mundo no es un aspecto epistemológico o subjetivo, sino objetivo y permanente. Las proposiciones son un reflejo de los hechos y, por tanto, sus componentes mantienen vínculos que se pueden simplificar en nombres.

Una proposición por sí misma no puede ser verdadera o falsa, pues debe ser confrontada con los hechos para corroborar esta característica. Según Russell «un hecho es aquello que hace verdadera o falsa a una proposición»<sup>16</sup>, esta definición del hecho corresponde al ámbito de la lógica; además presenta una definición complementaria del hecho en la que lo contempla como entidad metafísica. Esta segunda definición adquiere gran importancia porque indica un problema relacionado con la naturaleza misma del mundo y cómo puede ser dividido y particularizado. Comenta Russell: «expresamos un hecho, por ejemplo, cuando decimos que una cosa determinada posee una determinada propiedad, o guarda una determinada relación con otra cosa; pero la cosa que detenta la propiedad o relación considerada no será nunca lo que yo llamo un “hecho”»<sup>17</sup>. Cuando un objeto posee una propiedad como «Esto es blanco» o cuando se entabla una relación entre dos particulares como «Hay comida sobre el plato», ambos casos son tipos de hechos atómicos, los más simples, pero su nivel de complejidad va aumentando con la cantidad de relaciones generadas, es decir, cuando no son dos sino más los particulares presentes en el hecho. Para probar que el análisis de un hecho es posible, este tiene que ser concebido como complejo para lo cual hay dos maneras: la primera consiste en advertir que un hecho está formado por particulares que lo conforman como las partes al todo, la segunda, mostrar que hace parte de una comunidad conformada por otros hechos, por ejemplo cuando se dice «La mesa está en el centro de la habitación», se está predicando de la mesa otros hechos que estarán relacionados al compartir un mismo sujeto, verbigracia «Encima de la mesa hay un plato» o «Al lado de la mesa hay una silla».

En el párrafo anterior se alude al primer resultado del análisis lógico, que corresponde a la comprobación de la existencia de los hechos. El segundo nivel del análisis revela que la existencia de los hechos solo es posible por la existencia de los particulares. Los particulares son cosas simples que tienen la posibilidad de formar los hechos a partir de la posesión de una cualidad o de las relaciones que mantienen entre sí. Empíricamente, es decir, cuando son experimentados por un individuo específico, los particulares<sup>18</sup> son «cosas tales

<sup>15</sup> Es pertinente aclarar qué tipo de complejidad contempla Russell. Esta radica en que en el mundo hay particulares vinculados entre sí por medio de relaciones del tipo «Un hombre camina en la calle» o cualidades como «La portada del libro es amarilla».

<sup>16</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 256.

<sup>17</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 257.

<sup>18</sup> Debido a que hasta 1918 Russell cambia su propuesta en dos ocasiones, definir con precisión qué son los particulares en el atomismo lógico no es una tarea fácil. Como comenta

como pequeñas manchas de color o sonidos, cosas fugaces y momentáneas»<sup>19</sup>. No obstante, puesto que el interés de Russell es considerar la configuración lógica del mundo, dirá que «todo lo relativo a los particulares que, de hecho, pululen en el mundo real es cuestión puramente empírica, que no interesa al lógico como tal»<sup>20</sup>. Esto se debe a que en el ámbito lógico un particular solo puede ser nombrado por un nombre propio o símbolo simple, convirtiéndose así en una categoría del lenguaje lógicamente perfecto que puede prescindir de lo que se conoce a través de la experiencia. A partir de esto se ofrece una segunda definición de los particulares en el lenguaje lógico, los particulares son «términos de relaciones en los hechos atómicos»<sup>21</sup>. Esto quiere decir que los hechos del mundo están formados por particulares que pueden ser definidos desde la experiencia de alguien en un momento determinado, sin embargo, Russell opta por elaborar una definición en la que, a pesar de considerar su

---

Santamaría (2011) fue en su texto de 1945 «Sobre la denotación» que Russell considerara que cada nombre debe tener un objeto físico al que corresponda, aún si se trata de objetos que no pueden ser experimentados cuando son enunciados por el hablante en determinado momento. Ahora bien, en «La Filosofía del atomismo lógico», Russell lleva su punto de vista hasta sus últimas consecuencias considerando que solo pueden llamarse verdaderos particulares aquellos que se presenten a la experiencia directa o inmediata, por ello los particulares son pequeñas manchas de color o sonidos, es decir, elementos irreductibles que forman los hechos y que solo pueden encontrarse al hacer un análisis avanzado de la realidad, que para Russell es ya metafísico, puesto que, a pesar de que son experimentables, solo se hallan por medio de la abstracción. De ahí que, como explica Santamaría: «las únicas palabras que en teoría son idóneas para referirse a un particular son los *nombres propios*. Nombre propio es igual a *palabras que se refieren a particulares*. Ahora bien, [ ] en su primera versión —Sobre la denotación» y *Los principios de las matemáticas*—, los verdaderos nombres propios para Russell eran los que se identificaban con los nombres de objetos físicos en el sentido ordinario. Todo particular existente poseía un nombre sin más. «Napoleón», «Walter Scott» o «Fernando Pessoa» son verdaderos nombres propios que se refieren a particulares existentes, y no por ejemplo «Ulises», «Zorba», «Unicornio» o «Quijote», que no gozan de la existencia en el mundo físico [ ] El Russell de La filosofía del atomismo lógico, retoca considerablemente este punto, acercándose al escepticismo y de algún modo a Frege, ya que los nombres para él no van a ser los nombres de objetos físicos, sino que, por el contrario, nombres como «Napoleón», «Walter Scott» o «Fernando Pessoa» que para el «común», para el lenguaje corriente, son verdaderos nombres, va a ser meras descripciones abreviadas, ya que no podemos acceder al «individuo de carne y hueso», pues nos es desconocido [ ] Según Russell, se debe distinguir claramente entre nombres ordinarios y nombres lógicamente propios. Estos últimos designan entidades que son conocidas por familiaridad, de modo *directo*. Son los *deícticos* «esto», «aquello», «ahí». Son los *deícticos* «esto», «aquello», «ahí». El autor inglés, en sus conferencias de atomismo lógico, dice que «esto hace que resulte muy difícil aducir de algún modo algún ejemplo de nombre en el sentido estrictamente lógico del término. Las únicas palabras de que, de hecho, nos servimos como nombres, en el sentido lógico del término, son palabras como “esto” o “aquello”. Podremos hacer uso de “esto” como de un nombre referido a algún particular directamente conocido en ese instante» (Santamaría 2011, p. 46).

<sup>19</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 252.

<sup>20</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 259.

<sup>21</sup> *Ibid.*

existencia en el mundo, se limita a proponerlos como categorías lógicas que conforman un hecho.

Las consideraciones sobre las oraciones o proposiciones y nombres hacen parte del análisis del lenguaje ordinario que dará como resultado el lenguaje lógico perfecto. En general, una proposición es un símbolo complejo que significa o refleja los hechos, que también son complejos, pues un hecho es definido como lo que se expresa por medio de una oración completa y no de un simple nombre. Cada uno de los nombres o símbolos simples de la proposición se refieren a los particulares del hecho y forman un vínculo de sentido entre ellos.

Las proposiciones están formadas por relaciones que se tejen entre sus términos. Los nombres o símbolos simples son «palabras que se refieren a particulares»<sup>22</sup>. Los nombres constituyen, en cierto sentido, los elementos más importantes en la filosofía del atomismo lógico, pues son los que garantizan que, en efecto, sea posible la conexión real entre el mundo y el lenguaje, además de que son la característica distintiva de un lenguaje lógicamente perfecto. En distinguir entre una proposición y una palabra radica la diferencia entre la simplicidad y la complejidad del lenguaje para el atomismo de Russell. El «símbolo complejo», la proposición, está formado por nombres que son de fácil comprensión para quien ha tenido noticia de ellos, sin importar si los ha escuchado o leído antes; la proposición puede versar sobre cualquier materia y aun así se le hará inteligible a quien la escuche o lea. La razón es que los nombres o palabras con los que está construida la proposición poseen una definición que se fundamenta en los objetos que cada uno simboliza. Una vez el nombre no pueda ser definido por otros, termina el análisis y se halla uno de los elementos fundamentales del lenguaje; es el caso del nombre «amarillo» que no se puede comprender sino señalando cosas amarillas. De esta manera Russell argumenta que en algún punto el lenguaje se conecta con el mundo por medio de las experiencias sensoriales. En el lenguaje lógico perfecto, por lo tanto, una palabra corresponde a un particular:

«En un lenguaje lógicamente perfecto, los términos de una proposición se corresponderían uno por uno con los componentes del hecho a que aquella se refiriese, con excepción de palabras como “o”, “no”, “si”, “entonces”, que desempeñan una función diferente. En un lenguaje lógicamente perfecto, habría una palabra, y no más, para cada objeto simple, y todo aquello que no fuera simple se expresaría por medio de una combinación de palabras, combinación a base, como es natural, de las palabras correspondientes a las cosas simples —una palabra por componente— que formen parte de dicho complejo»<sup>23</sup>.

En la cita anterior se puede apreciar el punto más relevante con respecto a los nombres que aquí interesa: estos mantienen una relación de uno a uno con los particulares u objetos simples. Tal como apunta Stroll, la perfección

<sup>22</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 280.

<sup>23</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento*, o. c., 276.

del lenguaje lógico radica en que «se trata de una relación biunívoca (uno-a-uno) entre un nombre propio y una cosa particular»<sup>24</sup>. Cuando Russell indica en la cita que todo aquello que no es simple se expresa por medio de una combinación de palabras, se está refiriendo a las proposiciones porque estas están formadas por la unión de los nombres. Las pretensiones del atomismo lógico de hallar los fundamentos del universo descansan sobre estos dos pilares, el lógico y el metafísico. La idea relativa al paso de lo complejo a lo simple que guía el uso del método analítico conduce a una concepción según la cual hay multitud de particulares en el mundo, son expresados por medio del lenguaje y son entidades indivisibles que, de cierto modo, también son estáticas porque se trata de categorías metafísicas. En síntesis, el interés principal del atomismo lógico de Russell, en sus inicios, radicó en argumentar a favor de la eficacia del análisis lógico a partir de los resultados de su aplicación en hechos y proposiciones, para reconocer la relevancia de la simplicidad de los nombres (signos simples) y particulares y, de este modo, evidenciar los fundamentos sobre los que se sostiene la relación entre el lenguaje y el mundo.

## 2. WITTGENSTEIN: UN ACERCAMIENTO A LOS «OBJETOS SIMPLES» Y «NOMBRES SIMPLES» EN EL TRACTATUS

Ludwig Wittgenstein fue discípulo de Russell en Cambridge y, posteriormente, su colega. Russell mismo admitió haber sido influenciado por sus ideas, al menos en la primera etapa de su pensamiento, razón por la cual algunas semejanzas y diferencias entre sus versiones del atomismo lógico saltan a la vista. Cuando Russell finalizaba la elaboración del tercer volumen de los *Principia Mathematica*, Wittgenstein daba inicio al proceso de creación intelectual de la obra que marcó lo que suele llamarse la primera etapa de su pensamiento, el *Tractatus Logico-Philosophicus* (citado aquí como TLP). La dirección que tomó en esta obra la filosofía y las consideraciones de su autor sobre la metafísica fueron bases para las ideas que desarrolló Rudolf Carnap en el Círculo de Viena.

Como fundador de la concepción científica del mundo del positivismo lógico, Moritz Schlick vio en Wittgenstein al pensador que, finalmente, se había acercado al cambio radical que desde hacía un tiempo pululaba al interior del ambiente filosófico y positivista de los años treinta. Schlick, a propósito de la presentación del primer tomo de la revista *Erkenntnis*, publicación oficial del Círculo de Viena a partir de diciembre de 1930, comenta: «la característica positiva del viraje del presente se halla en el hecho de que reconozcamos a la filosofía como un sistema de actos en lugar de un sistema de conocimientos. La actividad mediante la cual se descubre o determina el sentido de los

<sup>24</sup> STROLL, A., *La filosofía analítica del siglo XX, o. c.*, 47.

enunciados: ésa es la filosofía»<sup>25</sup>. En efecto, según la proposición 4.112 (TLP) «el objeto de la filosofía es la aclaración lógica de pensamientos. La filosofía no es una teoría, sino una actividad. (...) El resultado de la filosofía no es una serie de “proposiciones filosóficas”, sino el esclarecimiento de las proposiciones». La filosofía como «actividad» consistiría, justamente, en la clarificación, no de cualquier tipo de proposiciones, sino de las proposiciones científicas —por medio de la lógica—. Wittgenstein consideró entonces que la filosofía consiste en el análisis lógico del lenguaje científico.

Con respecto a la metafísica, Wittgenstein introduce un cambio realmente significativo en comparación con Russell. La relación intrínseca entre análisis lógico y lenguaje no llevó a Russell a proponer un desconocimiento sistemático de la disciplina filosófica por enfrascarse en dilemas vagos y oscuros, por el contrario, contempló el hecho de que, en efecto, fuera posible derivar de lo propuesto en sus *Principia Mathematica* una exposición de carácter metafísico. Consideró que muchos de los problemas de la filosofía han persistido porque no se había encontrado una forma definitiva como el análisis lógico para solucionarlos, sin embargo, ello no significó que, una vez aclarados, la filosofía, entendida explícitamente como atomismo lógico, no pudiera proponer a modo de síntesis hipótesis lógicas y metafísicas sobre el universo sustentadas en los trabajos de la ciencia. Wittgenstein, por el contrario, afirma en la proposición 6.53 (TLP) que «el verdadero método de la filosofía sería propiamente éste: no decir nada, sino aquello que se puede decir; es decir, las proposiciones de la ciencia natural —algo, pues, que no tiene nada que ver con la filosofía—»<sup>26</sup>. Esto quiere decir que, para Wittgenstein, la tarea de la filosofía es delimitar el objeto pensable para la ciencia, de modo que trabaje con enunciados que puedan ser comprobados a partir de su confrontación con la experiencia y no caiga en explicaciones poco probables. Ahora bien, abordar los planteamientos del *Tractatus* permite comprender a qué conclusiones llega Wittgenstein con respecto a la conexión fehaciente entre las proposiciones y los hechos, partiendo de su propuesta de una Teoría figurativa del lenguaje. Esta teoría permitirá dilucidar las nociones de nombre, o signo simple y objeto simple, en las primeras secciones del *Tractatus Logico-Philosophicus*.

En TPL<sup>27</sup>, Wittgenstein expone de manera aforística una teoría sobre la conexión interna entre el mundo por un lado y el lenguaje/pensamiento por el otro, propuesta que un intérprete como Cyril Barrett ha denominado

<sup>25</sup> SCHLICK, M., «El viraje de la filosofía», en: A. Ayer (comp.). *Positivismo lógico*. Fondo de Cultura Económica México D.F. 1965, 62.

<sup>26</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, Tecnos, Madrid 1922.

<sup>27</sup> En su artículo titulado *La simplicidad en el Tractatus*, G. E. M. Anscombe anota: «Wittgenstein dijo en una carta a Ficker, amigo suyo, que el *quid* de su libro era trazar los límites de lo ético desde dentro» (1989, p. 4). A partir de esta afirmación se deduce que todo lo que se expondrá a continuación tiene, para el autor, un fin último que involucra la creencia religiosa y la ética, por lo tanto, a pesar de que este no es el tema del presente trabajo, es preciso considerar que la ontología y la Teoría figurativa del lenguaje expuestas en el *Tractatus* se elaboran con la finalidad de explicar este asunto más amplio.

Teoría figurativa del lenguaje, según la cual el lenguaje es una «representación figurativa» del mundo. La teoría de la figuración consta de cuatro aspectos esenciales para Barrett: 1. La yuxtaposición de jeroglíficos que pueden, de algún modo, representar un hecho; 2. Los jeroglíficos pueden ser verdaderos o falsos con respecto a lo que representan<sup>28</sup>; 3. Los jeroglíficos tienen «sentido» (*sinn*) independiente de que sean verdaderos o falsos, es decir, correspondan o no con los hechos, pues el sentido es la «posibilidad» de ser falsos o verdaderos y, por último, 4. La Teoría figurativa del lenguaje puede explicar la relación entre el lenguaje y el pensamiento. Wittgenstein designa qué son estas representaciones figurativas del mundo de manera general, mostrándolas como de muy variada índole: «además de dibujos, cuadros y representaciones tridimensionales, incluye diagramas y, sorprendentemente, partituras musicales»<sup>29</sup>. Con respecto al primer aspecto esencial, Wittgenstein comenta que, en la representación figurativa formada por elementos, cada uno de ellos corresponde a los objetos presentes en los «hechos atómicos» o «estados de cosas». Según 2.15 (TLP) «que los elementos de la figura estén combinados unos respecto de otros de un modo determinado, representa que las cosas están combinadas también unas respecto de las otras. A esta conexión de los elementos de la figura se llama su estructura y a su posibilidad, su forma de figuración»<sup>30</sup>. La forma de figuración indica que las cosas de los hechos se pueden relacionar del mismo modo que los elementos de la figura que las simboliza, siendo esta la manera en que una yuxtaposición de elementos representa un hecho. Hay un requisito más para que la representación figurativa sea idéntica a lo figurado por ella, esto es, que su forma lógica coincida. La forma lógica es la verdadera posibilidad que la realidad tiene de acontecer como lo hace. Todos los «medios de expresión», que menciona Barrett, pueden serlo porque sostienen con lo representado una misma forma lógico-figurativa. La representación figurativa es un modelo de lo que representa porque comparte una estructura lógica con los hechos a la que Wittgenstein denomina «espacio lógico» o «forma lógica». El espacio lógico se muestra así mismo en el recíproco estar de las cosas en el mundo, pues es el modo en que estas son y no puede ser de otro modo, como explica Mounce: «la propia forma lógica se muestra en que una mancha tiene que tener algún color, y una nota musical algún tono, mientras que una mancha no puede tener un tono ni una nota musical un color. Las manchas encajan con los colores, las notas musicales con los tonos»<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> En este texto no discutiré el problema de la verdad o falsedad de las proposiciones, no porque carezca de importancia, sino porque el enfoque apunta a mostrar para Wittgenstein cómo la ligazón entre el lenguaje y el mundo se asienta sobre la simplicidad de nombres y objetos, sin importar si en las proposiciones elaboradas con dichos «signos simples» figuran los estados de cosas correctamente o no.

<sup>29</sup> BARRETT, C., *Ética y creencia religiosa en Wittgenstein*, Alianza Editorial, Madrid 1994, 29.

<sup>30</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>31</sup> MOUNCE, H.O., *Introducción al Tractatus de Wittgenstein*, Tecnos, Madrid 2007, 33-34.

La proposición 3 (TLP) introduce un nuevo concepto que determinará el carácter propio del lenguaje en la teoría: «la figura lógica de los hechos es el pensamiento»<sup>32</sup>. Todo pensamiento es una figura lógica de los hechos puesto que estos pueden ser pensados. Pero no solamente pensados —y aquí la relación con el lenguaje— sino también expresados a través de signos perceptibles, con su propia estructura lógica, por los sentidos. Apunta Barrett «lo que Wittgenstein entiende por signo (*Zeichen*) es una marca sobre el papel, un sonido, o algo perceptible (un toque, un olor o un sabor quizá) que por sí mismo carece de significación»<sup>33</sup>. Es el pensamiento (acción de relacionar lenguaje y mundo) el que encuentra el sentido en la proposición, que es en sí misma un pensamiento, cuando la conecta con los estados de cosas, convirtiéndola así también en figura lógica. La proposición o «signo proposicional» tiene una estructura específica, está formada por «signos simples» o nombres. El nombre significa (*Bedeutung*) al objeto de una manera denotativa, referencial, cada objeto de un estado de cosas coincide con cada nombre en la proposición. Sin embargo, la proposición no es una simple unión de nombres, por el contrario, estos están articulados, de otro modo, se trataría de una serie de locuciones verbales o escritas sin sentido. Con ello se evidencia que hay un vínculo entre los nombres que componen al «signo proposicional», estos no están meramente enumerados como en una lista, por el contrario, constituyen la «forma del sentido» porque están ordenados de acuerdo al espacio o forma lógica de los estados de cosas que representan. De allí que en 3.1431 (TLP) diga, «la esencia del signo proposicional se hace muy clara cuando lo imaginamos compuesto de objetos espaciales (tales como mesas, sillas, libros) en vez de signos escritos. La recíproca posición espacial de estas cosas expresa el sentido de la proposición»<sup>34</sup>. El sentido de una proposición consiste en que sus nombres estén relacionados justo como están relacionados los objetos en un estado de cosas. El signo proposicional contiene la forma de su sentido porque ordena lógicamente (de acuerdo con el espacio lógico o forma lógica) sus signos simples o nombres, esto es de la forma «aRb», es decir, que «a» está en cierta relación «R» con «b»; pero no incluye su «contenido» porque este es la efectiva —no posible— correspondencia de la proposición con tal o cual «hecho atómico». De acuerdo con Mounce, la proposición sería pues:

«Una colección de elementos que tienen estructura lógica. Así, la proposición «el libro está sobre la mesa» tiene una estructura lógica que se puede simbolizar como “aRb”. Pero, en segundo lugar, la estructura abstracta solo dice algo cuando es completada con nombres; cuando los elementos que la comprenden están, de hecho, relacionados con objetos en el mundo [...] Sólo cuando los elementos de una proposición han sido, de hecho, correlacionados con el mundo tiene la proposición un sentido. Antes de esto sólo tiene la

<sup>32</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>33</sup> BARRETT, C., *Ética y creencia religiosa en Wittgenstein*, o. c., 32-33.

<sup>34</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

posibilidad del sentido. Así pues, “aRb” tiene la posibilidad del sentido; “el libro está sobre la mesa” lo posee realmente»<sup>35</sup>.

La consideración de las proposiciones como formadas por elementos, es decir, complejas, indica la necesidad de un concepto clave: el análisis. Para Wittgenstein, hay un análisis completo, y solo uno, de la proposición que vislumbra que ella está formada por signos más simples o primitivos, esto es, que no pueden seguir siendo analizados. El análisis es el método sobre el que se funda el atomismo lógico de Wittgenstein y Russell, y es la tesis para comprender la razón de que la Teoría figurativa del lenguaje de Wittgenstein precise de la ontológica: «El análisis es, pues, ejercido, en primer lugar, sobre entidades lingüísticas (enunciados), pero si el análisis es exitoso, éste nos proporciona nueva información que no es meramente lingüística. Dado este principio, ciertas cosas acerca de los fundamentos del lenguaje y la naturaleza del mundo se siguen»<sup>36</sup>. Si se acepta una reciprocidad que posibilita las relaciones entre el lenguaje y el mundo, es preciso admitir, como hace Wittgenstein, que del análisis lógico del lenguaje se llegará a lo nombrado en el mundo. Puesto que se trata de describir cada objeto como una categoría lógica —no como un objeto particular— esta termina por convertirse en un elemento constitutivo del mundo. Wittgenstein hace referencia a los complejos como hechos o estados de cosas que están formados por sus nexos en el espacio lógico. Un enunciado sobre complejos corresponde a una «proposición compleja»:

«El vaso está sobre la mesa” es una proposición de un tal hecho positivo, traducible en lenguaje lógico como “ $a R b$ ”, o en términos de signos que representan enunciados enteros (proposiciones atómicas), como “ $p$ ”. (...) Wittgenstein distingue las proposiciones elementales, tales como “ $p$ ” y “ $q$ ”, de las proposiciones complejas que se construyen a partir de ellas, tales como “ $p \& q$ ” y “ $p \vee q$ ”»<sup>37</sup>.

Distinguir a « $p$ » y a « $q$ » en las proposiciones complejas y continuar con su análisis hasta llegar a los nombres o signos simples es describir de manera completa al hecho complejo en el orden lingüístico, pero el análisis también revela que los nombres no pueden ser explicados por ulteriores definiciones, por lo tanto, el paso al ámbito ontológico es inminente. Comenta Tomasini: «las proposiciones podrían tener un sentido definido solo si hay cosas últimas (objetos), las cuales ya no pueden ser analizadas y que son nombradas por signos simples. “El requerimiento de que sean posibles los signos simples es

<sup>35</sup> MOUNCE, H. O., *Introducción al Tractatus de Wittgenstein*, o. c., 49-50.

<sup>36</sup> TOMASINI, A., *El atomismo lógico de Wittgenstein y Russell*, o. c., 51.

<sup>37</sup> VAN PEURSEN, C., *Ludwig Wittgenstein: una introducción a su filosofía*, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires-México 1973, 34.

el requerimiento de que el sentido sea determinado<sup>38</sup> (TLP 3.23)<sup>39</sup> (1994, pp. 51-52). Sin la existencia de tales objetos, el análisis que permite encontrar el fundamento del sentido se extendería hasta el infinito, cuestión imposible. En algún punto el lenguaje tiene que «tocar» el mundo. Tanto el significado denotativo del nombre como el sentido de la proposición precisan pues de la existencia de los objetos simples. A pesar de su necesidad inminente en la estructura de la obra, es preciso decirlo, hay grandes dificultades para definir qué son tales objetos<sup>40</sup>. Sin embargo, se da importancia aquí a dicha disertación porque el uso del análisis lógico como método propio del atomismo descubre los elementos *simples*, no-analizables, unidades últimas que constituyen el lenguaje y el mundo en el *Tractatus*: «la relación del lenguaje y del mundo es reducida por el análisis a su más simple expresión en la correspondencia nombre-objeto»<sup>41</sup>. Por lo tanto, se esbozarán en lo sucesivo algunas particularidades de la noción de objeto para tratar de precisarlo.

<sup>38</sup> Mounce coincide con Tomasini en su interpretación sobre la necesidad de los objetos: «Si no hay unas palabras que estén directamente por objetos, nunca captaremos un nombre absoluto. En algún punto tiene que haber objetos y, por tanto, nombres, que sean absolutamente simples. De lo contrario, no habría contacto entre el lenguaje y el mundo y nada podría ser dicho» (2007, p. 36). Olimpia Lombardi también arguye otra razón a favor de la ontología wittgensteiniana: «el significado de un Nombre es el Objeto nombrado (T 3.203); por lo tanto, el Nombre dejaría de tener significado si se destruyera el Objeto nombrado y, con ello, perderían sentido las proposiciones en las que tal nombre aparece» (1999, p. 58). Como se ve entonces, este objeto como categoría ontológica es indispensable para la estructura de la obra.

<sup>39</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>40</sup> Muchos autores coinciden en que los objetos del *Tractatus* son entidades de difícil definición debido a que ni siquiera Wittgenstein, a pesar de que los considera importantísimos, pudo clarificarlos. Comenta Lombardi: «no obstante el papel central que cumple la noción de Objeto en la estructura del *Tractatus*, a la hora de decir qué se entiende por “Objeto” las interpretaciones son múltiples y fuertemente divergentes» (1999, p. 56); agrega Mounce: «¿qué ejemplo se podría proporcionar entonces de tales objetos? Wittgenstein nunca pudo proporcionar un tal ejemplo. En la época del *Tractatus*, Wittgenstein creía que podíamos estar seguros de que tales objetos existen, pero no podemos decir qué son. Esto puede parecer sospechoso, y, más tarde, el mismo Wittgenstein llegó a creer que toda esta noción de objetos simples era radicalmente confusa» (2007, p. 35); y, finalmente, indica van Peursen: «los comentaristas tales como Russell, Pitcher, Anscombe, Stenius, Griffin y Black, se ocupan, todos, de la cuestión de qué podrían ser estas sustancias (“objetos”, o “cosas”, como Wittgenstein las llama), que, por un lado, son “vacías” y, por otro, están “llenas” de todas las posibilidades lógicas. Todos ellos están de acuerdo en que anda [sic.] (nada) tienen que ver con objetos reales y dados, sino que son algo así como un substrato lógico que puede ser reconocido en todo objeto. Difieren en cuanto al punto donde hallar este substrato: en los conceptos particulares o en los generales o posiblemente, incluso, en las propiedades. El desacuerdo es comprensible, pues no resulta fácil explicar una noción de “objeto” como la de Wittgenstein, cuando todo lo que puede decirse de estos objetos es que ocurren como componentes de una proposición y que, aislados del estado de cosas en que ocurren (la redondez de la mesa, por ejemplo), no tienen contenido alguno» (1973, pp. 53-54).

<sup>41</sup> MARTÍNEZ, D., *La religión y la tarea de la teología a la luz del pensamiento de Ludwig Wittgenstein*, DigiPrint Editores, Bogotá D. C. 2005, 20.

No es posible comprender sin la lógica el nexo entre el lenguaje y el mundo, es decir, ni la Teoría figurativa del lenguaje ni, en consecuencia, la ontología. Wittgenstein pone este asunto en evidencia muy pronto, en la proposición 1.13 (TLP): «los hechos en el espacio lógico son el mundo»<sup>42</sup>. La aparición del concepto de espacio lógico (*logische Raum – logische Form*) como condición de los hechos, según van Peursen, muestra que el autor «de entrada quiere ubicar los problemas de la ontología y la epistemología dentro del contexto de la lógica»<sup>43</sup>. Esta es una de las razones que apoyan la idea de que los objetos del *Tractatus* son entidades lógicas y no empíricas. Sin embargo, es preciso comenzar con las nociones de la primera sección de la obra para llegar a la enumeración de algunas de las características de los objetos (cosas).

La ontología wittgensteniana es de hechos. Las proposiciones que van desde 1 a 1.21 (TLP) exponen el concepto de mundo: «el mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas» (1.1)<sup>44</sup>; no es acertado comprender el mundo como una reunión o yuxtaposición de cosas aisladas, por el contrario, está compuesto por los hechos o estados de cosas en el espacio lógico. Los hechos existen en la medida en que varias cosas tienen la posibilidad de estar vinculadas unas con otras. El mundo<sup>45</sup> presentado en el *Tractatus* está ordenado de modo que se pueda concebir que cada palabra de una oración es la fiel representación de cada objeto en el estado de cosas. Las proposiciones 1.11 «el mundo está determinado por los hechos, y por ser *todos* los hechos»<sup>46</sup>, y la 1.12 «porque la totalidad de los hechos determina lo que acaece y también lo que no acaece»<sup>47</sup>, consideran que la lógica es indiferente a si los estados de cosas ocurren efectivamente o no lo hacen, simplemente dan cuenta de cuáles conexiones entre objetos son posibles. Que las hojas de los árboles sean verdes es algo que no interesa a la lógica, pero sí le interesa el hecho de que pudieron haber sido de otro color. Los estados de cosas, tal como ocurren en determinado lugar y momento, son contingentes, dentro de los límites de posibilidad de los objetos y sus relaciones. Así, la totalidad de los hechos, es decir, la posibilidad, entre muchas, que efectivamente acaeció, determina lo que ella misma es y, al mismo tiempo, muestra lo que no es, lo que no acaeció.

A partir de la proposición 2, se caracterizarán los objetos como pertenecientes a posibles estados de cosas y como entidades simples. Según 2.011 (TLP) «es

<sup>42</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>43</sup> VAN PEURSEN, C., *Ludwig Wittgenstein: una introducción a su filosofía*, o. c., 29.

<sup>44</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>45</sup> En el *Tractatus* se plantea una diferencia entre las categorías «mundo» y «realidad». Según (TLP) 2.04, «la totalidad de los hechos atómicos *existentes* (las cursivas son mías) es el mundo»; en 2.06, «la existencia y no existencia de los hechos atómicos es la realidad». De acuerdo con esto, el mundo está conformado solo por los hechos positivos o existentes, no por los hechos negativos o no-existentes, por otro lado, lo real lo está por uno y otro tipo de hechos atómicos.

<sup>46</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>47</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

esencial a la cosa poder ser la parte constitutiva de un hecho atómico»<sup>48</sup>; como se vio, este carácter vinculante corresponde a la organización básica del mundo. No es posible pensar un objeto fuera de su relación con otros en el espacio lógico, empero, todos los objetos no pueden pertenecer a cualquier estado de cosas, sino al que esté determinado por su naturaleza. Puesto que los objetos pertenecen al espacio lógico y este es inherente a su organización solo puede acaecer lo lógico en el mundo, como se menciona en 2.012 (TLP): «en lógica nada es accidental: si la cosa *puede* entrar en un hecho atómico, la posibilidad del hecho atómico debe estar ya prejuzgada en la cosa»<sup>49</sup>. En este sentido, la cosa es independiente porque puede entrar en todos sus posibles estados de cosas, pero también dependiente porque no puede existir sin su conexión con otras. Sin embargo, la sustancia del mundo tiene que ser simple, fija e independiente de lo que acaece (2.024, 2.027, 2.0271 (TLP)). Lo que acaece, según 1 y 1.1 (TLP), son los hechos, la varianza misma de los estados de cosas. La sustancia es la posibilidad de ser de los hechos atómicos, y por tanto su forma, lo invariable. Aquí radica el verdadero carácter ontológico del objeto simple: ser una entidad abstracta e inmutable que no se puede conocer por los sentidos sino solo a través del análisis lógico, como lo plantea Russell: en efecto el atomismo lógico como doctrina precisa de un método preciso, el análisis lógico para llegar a los elementos constitutivos del mundo y del lenguaje.

### 3. CARNAP: LA REDUCCIÓN A LOS CONCEPTOS EMPÍRICOS PARA LA CIENCIA UNIFICADA

En esta sección se expondrá, de entre el vasto pensamiento de Rudolf Carnap, la idea que movió sus intereses durante el período que estuvo vinculado a la escuela del positivismo lógico: el proyecto de una sintaxis lógica del lenguaje de la Ciencia Unificada. En el proceso de reducción de los conceptos científicos se halla el punto central que aquí se quiere exponer. El pensamiento de Carnap estuvo siempre aunado a la titánica labor filosófica del Círculo de Viena, que quedó bien trazada en su documento fundamental o manifiesto de 1929 titulado *Wissenschaftliche Weltauffassung* o *La concepción científica del mundo* elaborado por Rudolf Carnap, Hans Hahn y Otto Neurath, donde se exponen de manera sistemática no solamente el programa de investigación, sus líneas y autores, sino también la actitud fundamental de la corriente y sus principales puntos de vista. El interés común de la escuela, a pesar de que la mayoría de sus miembros pertenecían a diferentes ramas de la ciencia, no fue verificar experimentalmente los enunciados científicos, pues esta tarea correspondía a cada ciencia particular, sino examinar minuciosamente su estructura lógica subyacente. El conocimiento de los hechos se representa por medio del lenguaje, por lo tanto, el método declarado del Círculo, el análisis lógico, tenía como objeto de estudio la

<sup>48</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

<sup>49</sup> WITTGENSTEIN, L., *Tractatus Logico-Philosophicus*, o. c.

expresión lingüística del conocimiento científico. Así «si la investigación de los hechos, es decir, de aquello que se representa mediante el lenguaje, corresponde a las ciencias particulares, el análisis lógico se orienta hacia cómo se representan en el lenguaje los hechos mediante conceptos y enunciados»<sup>50</sup>.

Los *Principia Mathematica* y el *Tractatus Logico-Philosophicus* introducen en la lógica un cambio fundamental que dio origen a la perspectiva propia de la concepción científica del positivismo lógico. El método lógico-simbólico consistió en reemplazar las palabras del lenguaje corriente por letras, haciendo más sencilla la tarea de controlar los supuestos, modismos e inferencias de los enunciados. Las consecuencias de esta modificación se hicieron notar pronto: la lógica no necesita del contenido, consiste en una operación formal de conceptos y enunciados. La experiencia propiciaba la formación del sistema logístico, pero una vez formado, adquiriría independencia con respecto a ella<sup>51</sup>. Este descubrimiento supuso una redefinición del empirismo tal como había sido formulado hasta el momento. De acuerdo con Kraft, para el empirismo clásico todo conocimiento sobre el mundo se deriva de la experiencia y la lógica es la generalización suprema de esa experiencia, situación que hacía factible que la lógica fuera refutada por aquella. Por su parte, el Círculo de Viena consideró que la lógica es independiente de la experiencia, es decir, es un conocimiento *a priori*. Esto quiere decir que «la lógica no contiene ningún conocimiento, no proporciona los principios del ser, sino los fundamentos del orden de los pensamientos»<sup>52</sup>. En el empirismo sostenido por el Círculo, se consideró entonces válido *a priori* solo una clase de conocimiento, el lógico, porque no constituye un contenido sino una forma, no enuncia nada sobre los hechos del mundo solamente sobre su estructura.

La revisión de los enunciados científicos por medio de la lógica tenía como objetivo el establecimiento de uno de los proyectos más ambiciosos del Círculo: la Ciencia Unificada. Esta propuesta fue pronunciada en el Manifiesto, y tanto Carnap como Neurath fueron sus defensores:

«...su meta (la de la concepción científica del mundo) es lograr la *ciencia unificada*, es decir, lograr conciliar los resultados de los investigadores individuales con los de los demás campos de la ciencia. De este objetivo se sigue el énfasis en el *trabajo colectivo*; el énfasis en la comprensión intersubjetiva»<sup>53</sup>.

La Ciencia Unificada es el proyecto del Círculo que muestra con más evidencia su raíz positivista. El compromiso del Círculo con la estructuración de la ciencia era indudable:

<sup>50</sup> KRAFT, V., *El Círculo de Viena*, (trad. F. Gracia), Taurus Ediciones, S.A., Madrid 1966, 36.

<sup>51</sup> KRAFT, V., *El Círculo de Viena*, o. c.

<sup>52</sup> KRAFT, V., *El Círculo de Viena*, o. c., 31.

<sup>53</sup> HAHN, H., NEURATH, O. & CARNAP, R., «La concepción científica del mundo: El Círculo de Viena», (trad. P. Lorenzano) en: *Redes*, (volumen 9, número 18, año 2002), 5. Recuperado de <https://plorenzano.files.wordpress.com/2008/12/la-concepcion-cientifica-del-mundo-el-circulo-de-viena-redes-18.pdf>

«Enarbolar la bandera de la ciencia unificada constituye una actitud positivista. Recordemos que Comte habla de instaurar el régimen de la ciencia, la cual es muestra del progreso de la humanidad. El estado positivo ha superado el estado teológico y metafísico. La ciencia alumbra por doquier el camino de la humanidad hacia el progreso y el orden. Ante esta actitud positivista y antimetafísica se proclama la unidad del saber en la ciencia: “solo hay ciencia unificada”<sup>54</sup>».

Para comprender la tarea de Carnap con respecto a tal proyecto es preciso considerar que el ideal de una Ciencia Unificada surge, en sus propias palabras, como respuesta a la opinión imperante en la filosofía alemana contemporánea de que existe una diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu, entendidas como ciencias de la mente, la cultura y la historia<sup>55</sup>. Para Carnap, la posibilidad de la existencia de una Ciencia Unificada descansaba también en el lenguaje fisicalista, no solamente en el mundo físico como lo consideró Neurath:

«No hay ciencias diferentes con métodos fundamentalmente distintos ni diferentes fuentes de conocimiento, sino sólo *una* ciencia. Todos los conocimientos encuentran su lugar en esta ciencia y precisamente como conocimientos que pertenecen, fundamentalmente, a la misma clase; en realidad su aparente diversidad es sólo ilusoria y producto de la multiplicidad de lenguajes con los cuales se les acostumbra representar»<sup>56</sup>.

En la cita anterior se muestra cómo la aparente diferencia de una ciencia a otra es un problema que se resume en el lenguaje que estas ciencias usan. Entonces, ¿cómo pueden la diversidad de problemas y teorías confluir en una sola ciencia?: «Se deseaba que los hombres de ciencia de las diferentes disciplinas colaboraran entre sí y con los filósofos, más estrechamente de lo que suelen hacerlo, pero también se afirmaba que hablaban, o debían hablar, un lenguaje común y que el vocabulario de las ciencias debía unificarse»<sup>57</sup>. Para Carnap, la respuesta se encuentra en el lenguaje fisicalista; una vez todos los conceptos y enunciados de las ciencias se hubieran reducidos a sus términos elementales, podría hablarse de una «teoría de la constitución, es decir, la teoría de la construcción de un sistema de todos los conceptos científicos sobre una base común»<sup>58</sup>, la experiencia. Según Carnap, «una de las ventajas más importantes del lenguaje fisicalista es su intersubjetividad; es decir, el que los

<sup>54</sup> LÓPEZ-GARCÍA, G., *El programa filosófico del Círculo de Viena (Carnap, Neurath y Schlick)* (Tesis de maestría), Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa 2001, 102. Recuperado de <http://148.206.53.84/tesiuami/UAM4334.pdf>

<sup>55</sup> CARNAP, R., *Autobiografía Intelectual*, (trad. C. Castells), Ediciones Paidós – I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, Buenos Aires, México 1992.

<sup>56</sup> CARNAP, R., *Autobiografía Intelectual*, o.c., 150.

<sup>57</sup> AYER, A., *Positivismo lógico*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1965, 27.

<sup>58</sup> CARNAP, R., «La antigua y la nueva lógica», en: A. Ayer (Comp.), *Positivismo lógico* (trad. L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruiz Harrel) Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1965a, 150.

hechos descritos en ese lenguaje son en principio observables por todas las personas que lo utilizan»<sup>59</sup>. Postular la existencia de un lenguaje fisicalista permite concebir una base común para los investigadores y científicos, garantizando así que los conceptos que estos empleen en una u otra ciencia estén sostenidos sobre la experiencia, lo que a su vez garantiza la universalidad de la Ciencia Unificada.

Sin embargo, el lenguaje fisicalista no solo fundamenta la posibilidad de una Ciencia Unificada, también la «depura» de su amenaza más grande, la metafísica. Para los positivistas lógicos, el hecho de que sus conceptos estuvieran referidos a la experiencia era una garantía inapelable de que nada que no se pudiera comprobar estuviera presente en la ciencia:

«...si por su carácter de lenguaje universal, se adopta el lenguaje fisicalista como lenguaje del sistema de la ciencia, toda la ciencia se convierte en física. La metafísica queda descartada porque carece de sentido. Los diferentes dominios de la ciencia se convierten en partes de la Ciencia Unificada»<sup>60</sup>.

El uso de la lógica para analizar el lenguaje, herencia del atomismo lógico, permitió elaborar tal sistema de conceptos fisicalistas o empíricos. Comentan los autores del Manifiesto: «debido a que el sentido de cada enunciado de la ciencia debe dejarse indicar mediante la reducción a un enunciado sobre lo dado, entonces también el sentido de cada concepto, a cuyo campo de la ciencia siempre haya pertenecido, debe dejarse indicar mediante la reducción gradual a otros conceptos»<sup>61</sup>. Este proceso de reducción se da de manera paulatina: las proposiciones científicas deben ser analizadas hasta el punto que se refieran a la experiencia o, mejor dicho, sean comprobadas en la confrontación con esta. Los conceptos de primer orden son los que pueden ser conocidos por medio de la experiencia, y sobre estos se van construyendo otros sistemas de significados hasta constituir toda una red conceptual para la ciencia, pero fundamentada en los datos que ofrece el mundo a los sentidos. Carnap tendrá en cuenta —como Russell y Wittgenstein— que los conceptos al agruparse forman proposiciones. El análisis lógico demuestra que existen proposiciones protocolares y pseudoproposiciones; las proposiciones protocolares son elaboradas con conceptos basados en los datos inmediatos de quien las profiere y su información puede ser verificada con la experiencia. Por el contrario, las pseudoproposiciones son las que dan origen a una aberración como la metafísica<sup>62</sup>. Para emplear también un método de control

<sup>59</sup> CARNAP, R., *Autobiografía Intelectual*, o.c., 98.

<sup>60</sup> CARNAP, R., «Psicología en lenguaje fisicalista», en: A. AYER (Comp.), *Positivismo lógico* (trad. L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruiz Harrel), Fondo de Cultura Económica, México D.F.: 1965b, 172.

<sup>61</sup> HAHN, H., NEURATH, O. & CARNAP, R., «La concepción científica del mundo: El Círculo de Viena», o.c., 7.

<sup>62</sup> De las consideraciones del Círculo de Viena sobre el conocimiento científico que solo se refiere a lo dado, se desprende su punto de vista sobre la metafísica. Teniendo como base las ideas de Wittgenstein, los miembros del Círculo consideraron que «el metafísico y el

efectivo para las proposiciones, Carnap desarrolló un modo de manejar el ordenamiento interno de la proposición al que tituló «sintaxis lógica del lenguaje».

Para la revisión sistemática y rigurosa de las proposiciones de la ciencia con la finalidad de depurarlas de reductos metafísicos, no es conveniente emplear el mismo lenguaje de las proposiciones, sino uno lógico, como se ha visto. Este lenguaje tiene mayor precisión y en ello se funda la posibilidad de una sintaxis lógica del lenguaje. Según Moya «por sintaxis lógica de un lenguaje entiende Carnap la determinación lógica de las reglas de signos que son válidas para ese lenguaje»<sup>63</sup>; o también «el estudio de las relaciones estructurales entre las estructuras lingüísticas sin atender a su significado»<sup>64</sup>. Es preciso señalar que el proyecto de una sintaxis lógica fue uno de los aspectos de la primera etapa del pensamiento carnapiano, puesto que luego virará su atención hacia una sintaxis (formal) unida a una semántica (significativa). La sintaxis lógica, por lo tanto, se constituyó como una de las formas del análisis lógico del lenguaje que permitía la pureza del lenguaje. Una de las razones más importantes para proponer la sintaxis lógica consistió en obtener claridad en la formulación de los problemas filosóficos que atañen al conocimiento científico. En el Manifiesto, comentan los autores:

«Averiguar el origen lógico de las aberraciones metafísicas sigue prosperando, especialmente por medio de los trabajos de Russell y Wittgenstein. Dos errores lógicos fundamentales se encuentran en las teorías metafísicas y también en la formulación de preguntas: (i) una relación cercana con la forma de los *lenguajes tradicionales* y (ii) una ignorancia sobre los procesos lógicos del pensar. Por ejemplo, con respecto al lenguaje usual —primer error lógico fundamental—, este utiliza la misma forma valorativa para el caso del sustantivo, tanto para las cosas (“manzana”), como para las cualidades (“dureza”), las relaciones (“amistad”) y los procesos (“sueño”), de manera que induce a una concepción “cosista” de conceptos funcionales»<sup>65</sup>.

teólogo creen, erróneamente, que afirman algo con sus enunciados, creen representar un estado de cosas. Sin embargo, el análisis (lógico) muestra que estos enunciados no tienen significado, sino que son solo la expresión de una actitud hacia la vida» (CARNAP, HAHN y NEURATH 2002, p. 5). Las proposiciones metafísicas intentan ser teorías representativas del mundo, pero en realidad se tratan de expresiones artísticas, poéticas, musicales y mitológicas de los estados internos del individuo. Es preciso señalar que la postura de los positivistas lógicos no consistió en la eliminación de los enunciados metafísicos sin razón aparente; como apunta Moya Cantero, su labor era evitar «que en el comercio lingüístico pasasen de contrabando (pseudo) problemas metafísicos; en definitiva, el objetivo de la filosofía no era otro que el de convertirse en una lógica de la ciencia» (1977, p. 87). La metafísica era censurable en cuanto se hacía pasar como ciencia, pero su contenido podía ser valioso en la expresión de la subjetividad (HAHN, NEURATH & CARNAP 2002).

<sup>63</sup> MOYA, E., *La disputa del positivismo en la filosofía contemporánea*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia 1977, 94.

<sup>64</sup> STROLL, A., *La filosofía analítica del siglo XX, o. c.*, 97.

<sup>65</sup> HAHN, H., NEURATH, O. & CARNAP, R., «La concepción científica del mundo: El Círculo de Viena», *o. c.*, 6.

Hay ecos en la cita anterior de la Teoría de los tipos de Russell. El origen de los errores en el lenguaje reside en no identificar la «funcionalidad» de cada palabra con respecto a las otras con las que convive en una oración. El proceso de reducción de los conceptos de la ciencia a conceptos empíricos por medio del análisis lógico tanto de palabras como de proposiciones, indica aquí la relación que desde Russell tuvieron el lenguaje y el mundo. El principio de verificación, que se erigía para el Círculo como principio de significatividad, fue la razón por la cual era preciso un lenguaje que pudiera ser verificado en la experiencia: «ninguna oración que se refiera a la “realidad” que trascienda los límites de toda posible experiencia sensorial puede tener una significación cognitiva»<sup>66</sup>. Es así entonces que se comprende también que en el Manifiesto los autores afirmen que «algo es considerado “real” por el hecho de que está integrado en el edificio total de la experiencia»<sup>67</sup>.

## CONCLUSIÓN

La propuesta de Carnap presenta consideraciones diferentes sobre la relación entre lenguaje y mundo que aquellas de Russell y Wittgenstein. A diferencia del atomismo lógico, el positivismo lógico no afirma una metafísica, pues es precisamente contra ella que presenta sus argumentos. Para Carnap, el análisis lógico garantiza la inexistencia de realidades más allá de la experiencia, no hay hechos, ni particulares, tampoco objetos simples. Sin embargo, el proceso de análisis, reducción y eliminación (de lo metafísico) en los conceptos es lo que hace relevante la propuesta de este filósofo para el presente texto. Así pues, el análisis lógico que evidencia la relación biunívoca y la reducción de los conceptos de la ciencia a conceptos empíricos constituyen lo que se considera aquí una concepción simplista del vínculo entre el lenguaje y el mundo.

Se planteó que el interés general de este artículo estaba centrado en mostrar cómo las relaciones entre el lenguaje y el mundo, tanto para dos representantes del atomismo lógico como para el más relevante del positivismo lógico, acontecen en términos de lo simple, reducido, atómico y unitario. Para mostrarlo, se abordaron las conferencias de «La Filosofía del atomismo lógico»<sup>68</sup> en las cuales Russell refiere que la doctrina lógica que contempla las proposiciones atómicas, moleculares y los nombres se construye a la par con un cierto tipo de metafísica, a saber, que el mundo de los fenómenos está dividido en hechos y particulares. A la complejidad que puede percibirse en el mundo se le aplica el método analítico con la finalidad para encontrar los elementos constitutivos de

<sup>66</sup> STROLL, A., *La filosofía analítica del siglo XX, o. c.*, 81.

<sup>67</sup> HAHN, H., NEURATH, O. & CARNAP, R., «La concepción científica del mundo: El Círculo de Viena», *o. c.*, 6.

<sup>68</sup> RUSSELL, B., *Lógica y conocimiento, o. c.*

lo real, átomos que en última instancia se consideran como lógicos, no como físicos. En los ámbitos metafísico y lógico, los átomos constitutivos son los particulares y nombres, elementos completamente simples que garantizan la unión del lenguaje con el mundo, pues su relación es de uno-a-uno. En el *Tractatus*, Wittgenstein expone también la importancia que adquiere el método analítico aplicado a las proposiciones; un análisis completo de la proposición permite vislumbrar que ella está formada por signos más simples, signos primitivos que no pueden seguir siendo analizados. La Teoría figurativa del lenguaje que comprende estos signos simples precisa de una ontología, y es por esta razón que fueron abordados los objetos completamente simples; sin ellos no habría ninguna garantía de que los nombres tuvieran sentido preciso. Por lo tanto, el vínculo que en Russell se presenta entre los particulares y los nombres, en Wittgenstein se presenta entre el nombre y el objeto completamente simples, relación que puede definirse también como de uno-a-uno. El pensamiento de Wittgenstein influenció fuertemente las ideas del Círculo de Viena; la propuesta de Carnap, como se vio, está enmarcada en el proyecto del positivismo lógico. El análisis, que desde Russell se caracterizó como lógico, fue entendido por Carnap como una herramienta fundamental para depurar los conceptos empíricos de toda metafísica y evitar así las pseudoproposiciones a través del método de la sintaxis lógica del lenguaje. Este método permite no solo la organización coherente de la estructura del lenguaje lógicamente correcto, si no también evita que se sobrepase el límite de la experiencia posible por combinaciones erróneas entre categorías lingüísticas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ayer, A. (1965). *Positivismo lógico*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Anscombe, G.E.M. (1989). «La simplicidad en el *Tractatus*», en: *Dianoía*, 35 (35). Recuperado en: [http://dianoia.filosoficas.unam.mx/files/7113/6978/5216/DIA89\\_M\\_Anscombe.pdf](http://dianoia.filosoficas.unam.mx/files/7113/6978/5216/DIA89_M_Anscombe.pdf)
- Barrett, C. (1994). *Ética y creencia religiosa en Wittgenstein* (trad. H. Marraud-González). Madrid: Alianza Editorial.
- Carnap, R. (1965a). «La antigua y la nueva lógica», en: A. Ayer (Editor) *Positivismo lógico* (trad. L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruiz Harrel) (pp. 139-152). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Carnap, R. (1965b). «Psicología en lenguaje fisicalista», en: A. Ayer (Editor) *Positivismo lógico* (trad. L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruiz Harrel) (pp. 171-204). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Carnap, R. (1992). *Autobiografía Intelectual* (trad. C. Castells). Barcelona, Buenos Aires, México: Ediciones Paidós – I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- Hahn, H., Neurath, O. & Carnap, R. (2002). «La concepción científica del mundo: El Círculo de Viena» (trad. P. Lorenzano), en: *Redes*, 9 (18), 103-149. Recuperado en <https://plorenzano.files.wordpress.com/2008/12/la-concepcion-cientifica-del-mundo-el-circulo-de-viena-redes-18.pdf>
- Kraft, V. (1966). *El Círculo de Viena* (trad. F. Gracia). Madrid: Taurus Ediciones, S.A.

- Lombardi, O. (1999). «¿Qué son los objetos del *Tractatus*?», en: *Revista de Filosofía*, 11(21), 55-76. Recuperado en <http://revistas.ucm.es/index.php/RESF/article/viewFile/RESF9999120055A/10415>
- López-García, G. (2001). *El programa filosófico del Círculo de Viena (Carnap, Neurath y Schlick)*. (Tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa). Recuperado en <http://148.206.53.84/tesiuami/UAM4334.pdf>
- Martínez, D. (2005). *La religión y la tarea de la teología a la luz del pensamiento de Ludwig Wittgenstein*. Bogotá D. C.: Digiprint Editores.
- Morin, E. (1993a). *El Método I, La naturaleza de la naturaleza* (trad. A. Sánchez, D. Sánchez-García). Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Mounce, H. O. (2007). *Introducción al Tractatus de Wittgenstein* (trad. J. Mayoral y P. Vicente). Madrid: Tecnos (Grupo Anaya, S.A.).
- Moya, E. (1977). *La disputa del positivismo en la filosofía contemporánea*. Murcia: Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Russell, B. (1965). «Atomismo lógico», en: A. Ayer (Editor). *Positivismo lógico* (trad. L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruiz Harrel) (pp. 35-56). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Russell, B. (1966). *Lógica y conocimiento*. R. C. Marsh (Editor), J. Muguerza (trad.) Madrid: Taurus.
- Santamaría, F. (2011). *Lecturas analíticas. Una introducción a temas y problemas de la Filosofía analítica*. Bogotá: Editorial Bonaventuriana.
- Schlick, M. (1965). «El viraje de la filosofía», en: A. Ayer (Editor). *Positivismo lógico* (trad. L. Aldama, U. Frisch, C. N. Molina, F. M. Torner y R. Ruiz Harrel) (pp. 59-65). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Stroll, A. (2002). *La filosofía analítica del siglo XX* (trad. J. F. Álvarez y E. de Bustos). Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Tomasini, A. (1994). *El atomismo lógico de Wittgenstein y Russell*. México: Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones filosóficas.
- van Peursen, C. (1973). *Ludwig Wittgenstein: una introducción a su filosofía* (trad. J. A. Sirolli). Buenos Aires, México: Ediciones Carlos Lohlé.
- Wittgenstein, L. (1922). *Tractatus Logico-Philosophicus*. (trad. L. M Valdés Villanueva). Madrid: Tecnos.

Universidad Católica Luis Amigó, Colombia  
lina.cadavidra@amigo.edu.co

LINA MARCELA CADAVID RAMÍREZ

Universidad Católica Luis Amigó, Colombia  
leidy.riosre@outlook.com

LEIDY ANDREA RÍOS RESTREPO

[Artículo aprobado para publicar en febrero de 2020]